

SPACE INVADERS

NONA FERNÁNDEZ SILANES



SPACE INVADERS

Nona Fernández Silanes

SPACE INVADERS

A Emilia Gordillo

Space Invaders

© Nona Fernández Silanes

RPI 228.497

ISBN 978-956-9131-08-0

© De esta edición, Alquimia ediciones 2013.

Colección | Foja Cero.

Edición general | Emilio Gordillo y Guido Arroyo.

Dirección de colección | Emilio Gordillo.

Diseño de cubierta | Estudio Navaja.

Diagramación | Cristian Jara.

NONA FERNÁNDEZ SILANES

SPACE INVADERS

A Estrella González J.

Estoy sometido a este sueño:
sé que no es más que un sueño,
pero no puedo escapar de él.

La cámara oscura
Georges Perec

En el momento en que se
estaba en el punto de partida
de la gran aventura.

En el momento en que
se estaba en el punto de partida
de la gran aventura.

PRIMERA VIDA

SANTIAGO DE CHILE. Año 1980. En un liceo del barrio Avenida Matta, una niña de diez años entra de la mano de su papá. Trae un bolsón de cuero colgando del hombro y los cordones del zapato derecho desatados. Afuera, en la calle, aún quedan los restos de una celebración que dejó algunos panfletos, botellas vacías y basura desperdigada por la vereda. La nueva Constitución propuesta por la Junta Militar fue aprobada por una amplia mayoría. El portero del liceo barre la mugre del frontis mientras mira al padre de la niña. El hombre se saca el gorro de carabinero para despedirse de su hija. Le da un beso en la mejilla y le dice un par de palabras al oído. La niña sonríe y luego avanza por el pasillo con su cordón desatado arrastrándose por las baldosas del suelo. Frente a la estatua de la Virgen del Carmen, se hinca y besa su dedo pulgar.

A VECES SOÑAMOS CON ELLA. Desde nuestros colchones desperdigados por Puente Alto, La Florida, Estación Central o San Miguel, desde las sábanas sucias que delimitan nuestra ubicación actual, refugiados en los catres que sostienen nuestros cansados cuerpos que trabajan y trabajan; de noche, y a veces hasta de día, soñamos con ella. Los sueños son diversos, como diversas son nuestras cabezas, y diversos son nuestros recuerdos, y diversos somos y diversos crecimos. Desde nuestra onírica diversidad podemos concordar que cada uno a su propio modo la ve como la recuerda. Acosta dice que en su sueño ella aparece niña, tal como la conocimos, de uniforme escolar, con el pelo tomado en un par de trenzas largas. Zúñiga dice que no, que nunca ocupó trenzas, que a él se le aparece con una melena negra y gruesa enmarcándole la cara, melena que solo él recuerda, porque Bustamante tiene otra imagen y Maldonado otra y Riquelme otra y Donoso otra, y todas y cada una son diferentes. Los peinados y los colores varían, las facciones no terminan de enfocarse, las formas se borronan, y no hay manera de ponerse

de acuerdo porque en los sueños, lo mismo que en los recuerdos, no puede ni debe haber consenso posible.

Fuenzalida sueña con la primera vez que la vio. Cuando despierta no recuerda bien cómo era su peinado, así es que no entra en ese debate con el resto del curso, porque para Fuenzalida lo importante en los sueños son las voces, no los peinados. Fuenzalida sueña con muchas voces infantiles cuchicheando en la sala de clases del quinto año básico y con el profesor de turno pasando la lista. Acosta, presente. Bustamante, presente. Las voces de cada uno de los niños van respondiendo con el tono preciso, tal cual eran, porque aunque las voces se diluyen con el tiempo, los sueños saben resucitarlas. Donoso, presente. Fuenzalida, presente. Y entonces el turno de ella, su nombre pronunciado bajo los bigotes negros del profesor. González, se escucha en la sala, y desde un banco solitario de la fila del fondo, la alumna nueva, o quizá no tan nueva, responde presente. Es ella. No importa cómo se ve su pelo, su color de piel o sus ojos. Todo es relativo, menos el sonido de su voz, que cuando se trata de sueños, según Fuenzalida, es lo mismo que una huella digital. La voz de González se nos cuela desde el sueño de Fuenzalida y toma nuestras propias imágenes, nuestras propias versiones de González, y ahí se instala y se queda para acompañarnos noche tras noche. Algunas visita la almohada de Acosta, otras

el colchón de Maldonado, otras las sábanas rotas de Donoso. Y así el recorrido nocturno es una pasada de lista circular que no termina nunca, un chequeo eterno que no nos deja dormir tranquilos. Han pasado años. Demasiados años. Nuestros colchones, lo mismo que nuestras vidas, se han desperdigado en la ciudad hasta desconectarse unos de otros. ¿Qué ha sido de cada uno? Es una incógnita que poco importa resolver. A la distancia compartimos sueños. Por lo menos uno bordado con hilo blanco en la solapa de un delantal cuadrillé: Estrella González.

III

NOS HAN ORDENADO uno delante del otro en una larga fila en medio del patio del liceo. A nuestro lado, otra larga fila, y otra más allá, y otra más allá. Formamos un cuadrado perfecto, una especie de tablero. Somos las piezas de un juego, pero no sabemos cuál. Tomamos distancia, ponemos el brazo derecho en el hombro del compañero de adelante para marcar el espacio justo entre cada uno de nosotros. Nuestro uniforme bien puesto. El último botón de la camisa abrochado, la corbata anudada, el jumper oscuro debajo de la rodilla, las calcetas azules arriba, los pantalones perfectamente planchados, la insignia del liceo zurcida en el pecho, a la altura correcta, sin hilachas colgando, los zapatos recién lustrados. Mostrar las uñas limpias, las manos sin anillos, la cara despejada, el pelo fuera de combate. Cantar el Himno Nacional todos los lunes a primera hora, entonarlo como cada uno puede, con voces agudas y desafinadas, voces chillonas que gritonean un poco, nuestras voces repitiendo entusiastas el estribillo, mientras uno de nosotros iza la bandera chilena allá delante y otro la sostiene entre sus brazos. La estrellita

de tela blanca subiendo y subiendo y subiendo hasta alcanzar el cielo. La bandera por fin arriba del asta, flameando sobre nuestras cabezas, al compás de nuestras voces, y nosotros mirándola protegidos por su sombra oscura.

IV

MALDONADO SUEÑA CON CARTAS. Son cartas viejas escritas con la caligrafía de una niña de diez años. Cartas que González y ella se enviaban por correo, como si no se hubieran visto en la sala de clases todos los días, como si hubieran estado tan lejos como están ahora. Maldonado dice que la ortografía de González no es buena, pero que su letra está dibujada con cuidado, con disciplina. Ella parece otra en las cartas, no la calladita y tímida de la fila del fondo de la sala. Los sueños de Maldonado son la lectura de cada una de esas cartas. Sueños que se arman de palabras, se articulan a punta de letras y frases. Remitentes escritos con una caligrafía azul pasta, y direcciones y firmas y saludos cordiales, y se despide atentamente, y te saluda con cariño, y espero tu respuesta, y no dejes de escribirme, amigas para siempre, no me olvides por favor.

Fuenzalida dice que cada uno sueña como puede. Que mientras ella escucha voces, y otros solo ven imágenes, Maldonado tiene todo el derecho a que sus sueños estén contruidos de palabras. Cada ladrillo es un verbo, un artículo, un adjetivo, y así la construcción

crece, levanta escaleras y se transforma en un túnel alto que puede comunicar el cielo y el infierno. Maldonado sueña palabras azules escritas por la mano de una niña. La que más se repite es su nombre. Está escrito en el remitente y en la firma de cada carta. Junto a él, el dibujo de una estrella pintada con tinta, como una especie de marca personal, como un signo caído de alguna bandera.

¡Hola, querida Amiga! ¿Cómo estás tú y tu familia? Espero que bien pues yo he estado un poquito resfriada y con algunos problemas. ¿Te acuerdas de la carta que me mandaste? Yo todavía no te la contestaba, pero tengo que contestártela porque eso no significaría ser buenas compañeras y yo creo que nosotras sí somos buenas compañeras, aunque a veces en clases no me das ni bola. Contigo se puede confiar. No sabes cuántas cosas tengo que contarte. Cosas secretas que solo tú puedes saber, cosas que no puedo contarle a nadie, cosas que ni siquiera las he dicho o escrito o pensado. Muchas cosas. Cosas que no tienen que ver con Zúñiga, nada que ver que me molesten con él, a mí no me gusta. Son otras cosas, cosas más importantes y secretas las que tengo que contarte. Pero esta hoja es tan chiquitita y yo tengo la letra tan grande, tan gorda. Mi papá dice que tengo que achicarla un poco y meterla más en las líneas, pero no es muy fácil achicarse y meterse en la líneas porque las líneas son flaquititas y casi ni se ven. Si yo le hiciera

caso a mi papá ahora podría contarte más, pero como no se me da achicar la letra ni meterla en las líneas flaquititas ahora tengo que disminuir mis palabras. Yo debiera hacer el intento de obedecer a mi papá. Él se merece eso, que yo lo obedezca. Ahora está en el Hospital de Carabineros. ¿Tú sabías que a mi papá le pasó un accidente en su trabajo? Nadie en el liceo sabe. Le han hecho varias operaciones. Por eso yo debiera tratar de escribir más chiquitito, como me dice él. Después mi mamá también en cama, pero aquí en la casa. Es que está esperando un hermanito nuevo, pero no es un embarazo como los demás. Tú sabías que mi hermanito Rodrigo se murió el año pasado. Fijaté que teníamos solo un año de diferencia, o sea que cuando yo cumpliera once años él iba a tener diez. Por eso mamá y papá y yo queremos tanto tener un hermanito nuevo. Yo pienso que va a ser un poco mi hijo también. ¿Tú quieres tener hijos? Yo cuando sea grande quiero tener muchos. Voy a ser una mamá de varios hijos y a ninguno le va a pasar lo que le pasó a mi hermanito Rodrigo. Confío en la Virgen de que así va a ser. También confío en la Virgen que mi mamá va a estar bien con su embarazo. Entonces yo tengo que portarme bien, eso es lo que me toca, hacer las tareas e intentar achicar mi letra. Espero que tú te saques buenas notas en todas las pruebas. ¿Sabías que el doce de agosto fue el cumpleaños de mi papá? Pues ahora tengo que despedirme o si no tendría que pensar más cosas y no sé qué más ponerte y la hoja es chica y mi letra es grande y gorda, y tampoco alcanza para más.

Chao, amiga Maldonado.

Espero que te guste mi cartita tan chiquitita.

Espero tu respuesta.

Tu compañera. ★

P.D. Lo que me dijiste de Zúñiga es verdad. Pero solo me gusta su pelo y sus ojos, porque todo lo demás es negro y feo.

RIQUELME SUEÑA CON MANOS DE REPUESTO. Son las manos de la casa de González. Él fue el único que estuvo ahí una vez, entonces sus sueños son como un testimonio. Riquelme dice que la casa era grande y oscura y llena de puertas cerradas. Detrás de una de esas puertas estaba la pieza del hermano de González. Ahí no se podía entrar. Detrás de otras dos puertas, en un segundo piso al que se llegaba por una escalera sin baranda, estaban las piezas de González y sus papás. Ahí sí se podía entrar, pero él no lo hizo. No lo invitaron. Abajo estuvo en un comedor y en un living y en un estar con una televisión y un equipo Atari que había sido del hermano de González, pero que ahora era de González y se podía usar sin problema. Riquelme y González jugaron al Space Invaders durante muchas horas. Las balas verdes fosforescentes de los cañones terrícolas avanzaban rápidas por la pantalla hasta alcanzar a algún alienígena. Los marcianitos bajaban en bloque, en un cuadrado perfecto, lanzando sus proyectiles, moviendo sus tentáculos de pulpo o calamar, pero el poder de González y Riquelme

era tremendo y siempre terminaban explotando. Diez puntos por cada marciano de la primera fila, veinte por los de la segunda y cuarenta por los de la fila del fondo. Y cuando moría el último, cuando la pantalla quedaba pelada, otro ejército de alienígenas aparecía desde el cielo dispuesto a seguir batallando. Entregaban al combate una vida, otra y otra más, en una matanza cíclica sin posibilidad de fin. Proyectiles iban y venían. González y Riquelme mataron tantos marcianos como fue posible, pero nunca, pese a sus esfuerzos, lograron sobrepasar la marca que había hecho el hermano de González hace un año en el score. Era un high score difícil de superar. Por más que lo intentaron, el combate antialienígena de esa tarde fracasó en romper el récord.

Luego de un rato la mamá de González, doña González, les sirvió la leche y les dijo que debían hacer la tarea. Era un trabajo de Historia sobre la Guerra del Pacífico, la eterna disputa entre Chile y Perú y Bolivia; y entonces González y Riquelme se sentaron en la mesa del comedor y se pusieron a estudiar. Riquelme no recuerda mucho sobre el trabajo, más recuerda las sopaipillas con azúcar flor que les sirvió doña González, y la fotografía del hermano de González que colgaba de la pared. Según Riquelme, el hermano de González se parecía mucho a González. Una especie de copia, pero en versión masculina. Quiso preguntar qué había

pasado con él, pero no se atrevió. Al lado de la foto del hermano de González había también algunas medallas colgando. Todas con cintas tricolores, como ganadas por un atleta o un militar. Había galvanos hechos de cobre, había banderas, muchas minibanderas de género, de metal, todas pequeñas, como para usarlas en el trabajo de la Guerra del Pacífico, o clavarlas en la conquista de algún territorio marciano.

En eso estaba Riquelme, mirando al hermano de González y las distinciones que colgaban de la pared, cuando llegó el papá de González, don González. Riquelme no lo conocía. Muy pocos lo conocíamos. Era un hombre grande, uniformado, que siempre estaba viajando y que solo a veces se dejaba ver cuando llevaba a González por la mañana al liceo. Esa tarde, como seguramente hacía siempre, don González besó a su mujer y a su hija, le hizo un gesto amable a Riquelme, y luego de saludar, como un ejercicio cotidiano, como quien se suelta la corbata para relajarse un rato, don González se sentó en un sillón y se sacó su mano izquierda. Era una mano de madera, como las piernas huecas de los piratas. La escondía debajo de un guante de cuero negro.

La mamá de González se dio cuenta del desconcierto de Riquelme. Rápidamente se llevó a su marido y a su mano de madera al segundo piso. González le explicó a Riquelme que su papá había sufrido un accidente

terrible y que por eso ya no tenía su manito izquierda. Un policía compañero de él, por casualidad, tomó una bomba y, por casualidad, le sacó el pitutito. Don González, por salvarle la vida a su compañero policía, hizo algo, nadie entiende bien qué fue, y parece que tomó la bomba con su manito izquierda, y trató de tirarla muy lejos con su manito izquierda, pero antes de que lo hiciera, la bomba le estalló en su manito izquierda. Cuando llegaba a la casa por las noches, como ahora, se sacaba la prótesis que hacía las veces de manito izquierda, y descansaba porque las prótesis aprietan y no se puede tenerlas puestas tanto rato. Tenía varias, le contó, las guardaba en un mueble especial. Todas de madera, de raulí, de alerce, todas trabajadas únicamente para él, a su medida, para que no sintiera la falta del miembro ausente.

Riquelme nunca más volvió a la casa de González. La idea de esas manos ortopédicas lo atemorizaba. Alguna vez le tocó trabajar con González de nuevo, pero prefirió invitarla a su departamento, donde las manos no se salían de los cuerpos ni los niños colgaban de la pared. El rumor se hizo conocido en el liceo como una especie de mito y nadie, absolutamente nadie, ni Maldonado que se carteaba con González, y que se decía su mejor amiga, se atrevió a ir a la casa por miedo a las manos de repuesto de don González. Decían que había algunas de fierro, otras de plata y

de bronce. Alguien dijo que don González tenía una que disparaba y otra que podía apuñalarte porque de ella salían cuchillos. Dedos afilados, uñas calibre 2.5, manos cañón o guillotina.

Ahora Riquelme sueña con ese mueble lleno de prótesis que nunca vio y con un niño que nunca conoció jugando con ellas. El niño abre las compuertas del mueble y le muestra las manos ortopédicas ordenadas una por una, alineadas como en un arsenal. Son de color verde fosforescente como las balas del Space Invaders. El niño da una orden y ellas le obedecen como animales amaestrados. Riquelme las siente salir del mueble y avanzar tras de él. Lo acechan. Lo persiguen. Se acercan como un ejército terrícola a la caza de algún alienígena.

ABOTONAMOS NUESTROS DELANTALES CUADRILLÉ, nuestras cotonas color café con leche. Un botón tras otro, con mucho cuidado, que ningún ojal quede vacío, seis veces el mismo ejercicio desde arriba, a la altura del cuello, hasta llegar abajo, al borde del género. Cuando ya estamos listos, nos ubicamos al lado de nuestro banco de madera. Estamos uno delante del otro en una larga fila en nuestra sala de clases. A nuestro lado, otra larga fila, y otra más allá, y otra más allá. Somos varias columnas formando un cuadrado perfecto, una especie de tablero. Con la mano derecha, todos al mismo tiempo, nos persignamos mirando la imagen de la Virgen del Carmen que está arriba de la pizarra, justo por sobre nuestras cabezas. Es un cuadrito pequeño, algo desteñido, pero ahí aparece la doña con su corona de oro y su bandita tricolor cruzándole el pecho, mientras lleva en brazos a su hijito, la guaguüta Jesús. En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, rezamos alguna oración a la Virgen para iniciar el día y le pedimos por los más pobres, por los desamparados, por los que no tienen casa, por

los que no pueden estudiar en el liceo como nosotros. Nuestras voces a coro en un rezo idéntico al de ayer y al de anteayer y al de mañana. Virgencita, madre nuestra, tú que cuidas a todos los niños, cuídanos a nosotros, tus hijos, también. Protégenos del mal, no nos dejes caer en la tentación. Virgencita, madre nuestra y madre del señor salvador, guíanos por un camino de paz, por un sendero libre de miedos y peligros, por una vida luminosa y plena, lejos de las dificultades y horrores del mundo. No nos desampares en la incertidumbre, madrecita, no nos abandones en el dolor, y alcánzanos la felicidad de tu reino eterno, madre buena, santísima toda entera, por los siglos, de los siglos. Amén. Un beso en el dedo pulgar a modo de punto final y luego tomamos asiento en nuestros puestos de madera para comenzar la clase de turno, amparados por la Virgen que nos observa desde la altura. Siempre nos observa desde la altura. Sus ojos de vidrio espiándonos por sobre nuestras peinadas cabezas.

ESTAMOS EN UN BARCO DE PAPEL LUSTRE. Es un barco grande con un grupo de treinta y cuatro grumetes, que somos nosotros, todos a cargo de un nosotros, que es Zúñiga, el capitán. Su mami le ha pintado una barba negra con corcho quemado y le ha puesto un traje de marino, que no es más que su abrigo azul del liceo con unas intervenciones de cartulina amarilla. Una música infernal sale de un tocadiscos mientras González, que es la más alta de los grumetes, que somos nosotros, lleva la bandera chilena entre sus manos y la mueve al compás. Zúñiga piensa que se ve linda vestida de hombre. Tiene bigotes de corcho quemado también y un gorrito blanco de marinero, como todos nosotros. Zúñiga la mira, todos nos damos cuenta, menos ella. Muchachos, la contienda es desigual, dice nuestro capitán y nosotros lo miramos con ojos patriotas. Pero ánimo y valor. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que ésta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar, y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. Viva Chile, mierda, termina Zúñiga y se lanza al abordaje del barco enemigo.

Soy un héroe. Todos los años, para el 21 de Mayo, me toca serlo. No sé por qué me eligen, no me parezco a Arturo Prat, pero soy igual de valiente y también podría llegar a morir por algo o por alguien. Año tras año repito este desastre continuo que parece no tener fin. Como en un déjà vu, ahora me toca morir nuevamente en la cubierta enemiga por mi patria y por mi honor. Igual que el año pasado, y el ante pasado, y el ante pasado. Dejo mi barco de papel lustre, salto con mi espada en la mano, pero en el intento de caer en la nave enemiga, voy a dar a una sábana blanca que es el mar. No caigo en el barco peruano que construimos ayer en la sala de clases. No hago lo que había ensayado tantas veces.

Con la mirada busco a la profesora entre el público, pero no la encuentro. Quiero explicarle que esto no es mi culpa. No es que no quiera ir a combate, es que esta sábana blanca me atrapa. Caigo en ella y me envuelve y me esconde y me adormece. No recuerdo esta sábana blanca. Alguien la puso aquí a última hora. No era parte de la representación. No era parte de este combate. Quiero pedir auxilio, pero no se vería bien. Soy un héroe, no un cobarde. Y aunque sé que de todas formas voy a morir, igual me resisto e intento sacar la cabeza de este mar de género. Veo a mis grumetes allá en el barco. Todos me hacen señas con la mano derecha. Parece una despedida. González

no ha soltado la bandera, la tiene entre sus manos y la mueve como si fuera un gran pañuelo. Se acerca a la baranda. Su cara se moja con gotas de mar que ella seca con la puntita de la bandera. Pero ahora que lo pienso, creo que esas gotas también podrían ser lágrimas.

González está llorando. Dicen que su hermano murió ahogado. Nadie sabe cómo ni por qué. A lo mejor fue así, envuelto en una sábana blanca que se parece al mar. González me lanza la bandera y yo intento tomarla. Creo que es un salvavidas. La bandera me cubre, lo mismo que la sábana. Yo me doy vueltas, me retuerzo, me voy por la corriente, me ahogo y me duermo. Me duermo profundamente. Creo que muero bajo el género tricolor.

Despierto.

Ella está sentada en mi cama.

Siento el peso de su cuerpo junto a mí.

Zúñiga, me dice, te salvaste. La escucho entremedio del ruido blanco del televisor aún encendido. Es tarde. Sé que estoy soñando, pero su voz junto a mi oído es tan real como el peso liviano de las sábanas sobre mi cuerpo. Es ella. La luz de la pantalla del televisor la ilumina. La melena negra, las pecas sobre la nariz, un gorro blanco de marinero y el bigote de corcho quemado algo desteñido por sus lágrimas. ¿Volviste?,

le pregunto, y ella sonríe. Siento ese olorcito a chicle entremedio de su pelo. La pantalla del televisor anuncia la programación de un nuevo día. Parte con el Himno Nacional y con imágenes de todo el país de Arica a Punta Arenas.

Despierto otra vez.

No hay televisor.

Estoy solo y he envejecido.

SEGUNDA VIDA

I

SANTIAGO DE CHILE. AÑO 1982. La niña come una marraqueta con jamón y queso sentada en una banca del patio del liceo. Sus compañeros del séptimo básico corren y juegan a su alrededor. Hace unos meses el ex presidente Eduardo Frei Montalva, líder de la oposición al General Augusto Pinochet, falleció de un shock séptico sin explicaciones en una clínica particular. Tiempo después un grupo operativo de la Central Nacional de Inteligencia disparó cinco veces en la cabeza y luego degolló al líder sindical Tucapel Jiménez. Ambas noticias fueron titulares en los diarios en su momento. Dos ejemplares de esos diarios se encuentran archivados en la biblioteca del liceo, dispuestos en una carpeta gruesa en el estante número cuatro del tercer pasillo. Ninguno de los niños del liceo ha abierto esa carpeta todavía. Ahora en el patio suena el timbre del fin del recreo. La niña se sacude las migas de pan del delantal cuadrillé y se pone de pie. Los niños hacen una fila por curso. Ella se suma a sus compañeros y espera la seña del inspector para empezar a caminar a su sala de clases. Mientras aguarda se mira las uñas

pintadas de rojo. Ha puesto su mano en el hombro de la compañera de adelante para tomar distancia y desde ahí observa el esmalte algo saltado por el uso. La niña presiente la vista del inspector que se pasea entre las filas. Todos comienzan a avanzar uno detrás del otro. La niña mete sus manos en los bolsillos del delantal sin que nadie se dé cuenta.

II

¡Hola, querida amiga! ¿Cómo estás? ¿Te gustó mi postal que te mandé de Alemania? Abi te decía el día y la hora en la que llegaba para que me fueras a buscar al aeropuerto Pudabuel, pero no fuiste. Sabes que nos fue estupendo. Alemania es linda, grande, sacamos muchas fotos y comimos muchas salechichas. Alemania está partida en dos por una muralla. Yo solo conocí la parte de acá, la parte de los buenos, que es la única que se puede conocer porque del otro lado de la muralla es muy peligroso. Mi hermanito se portó muy bien, todos teníamos miedo de viajar con él, pero no pasó nada. Lloró un poco en los aviones, pero las guaguas lloran, así es que aunque yo sentía un poco de vergüenza, mi mamá me dijo que era normal. Las mamás no se avergüenzan de los llantos de sus hijos. Así voy a ser yo cuando vuele con mis guaguas. Lo terrible del viaje fue que operaron a mi papá del oído. Ya es la cuarta operación que le hacen, así es que esa parte estuvo triste y anduvimos llorando algunas lágrimas. Nunca termina de mejorarse de su accidente terrible que tuvo. Pero los médicos de allá son mejores y por eso lo mandaron a operarse a Alemania. La vuelta también fue difícil para él porque nos vinimos haciendo escala, entonces el avión subía y bajaba y eso hacía que le doliera el oído con

cada subida y con cada bajada. Igual a mí me gustó porque conocí más. Conocí París, conocí España, que es muy lindo, y por último Río de Janeiro que es lo que más me gustó. Compré varias postales que te iré mandando de a poco mientras mi tío Claudio me pueda acompañar al correo. Mi tío Claudio es un tío nuevo. Lo que pasa es que ya no me dejan salir sola de la casa y entonces tengo que salir con mi tío Claudio, que es un tío del trabajo de mi papá que me cuida y me acompaña cuando salgo, porque mi mamá está con mi hermano, mi papá trabaja mucho, y yo ya no puedo estar sola fuera de la casa porque puede ser tan peligroso como si atravesara del otro lado de la muralla alemana. Con él voy a ir al correo y te voy a mandar esta carta que ojalá me la contestes muy luego. La tuya que me llevé al viaje la leí todas las noches y hasta se la mostré a mi papá. Zúñiga también me escribió una carta, pero no por correo. Era un papelito enrollado que me lo pasó antes de irme. Decía bien poco, pero igual me lo llevé para recordar a mi compañero. Ésa no se la mostré a mi papá. A él no le gusta Zúñiga, dice que su familia es rara. Tampoco se la mostré a mi mamá porque piensa lo mismo. No se la mostré a nadie. A ti te la muestro después.

¿Tú te sabes mi segundo nombre? Zúñiga no se lo sabe. Yo te lo digo. Marisella.

Bueno, amiga Maldonado, no tengo nada más que contarte. Ahora voy al correo con mi tío.

Me despido de ti con un saludo.

Te quiere. ★ Marisella.

III

NO SABEMOS SI ESTO ES UN SUEÑO O UN RECUERDO. A ratos creemos que es un recuerdo que se nos mete en los sueños, una escena que se escapa de la memoria de alguno y se esconde entre las sábanas sucias de todos. Pudo ser vivida ya, por nosotros o por otros. Pudo ser representada y hasta inventada, pero mientras más lo pensamos creemos que solo es un sueño que se ha ido transformando en recuerdo. Si hubiera una diferencia entre unos y otros, podríamos identificar de dónde salió, pero en nuestro colchón desmemoriado todo se confunde y la verdad es que ahora eso poco importa.

Lo primero soy yo corriendo con Riquelme por uno de los pasillos del segundo piso del liceo. Apúrate, Zúñiga, me dice mientras bajamos rápidos y sigilosos por la escalera. Vamos en dirección a la puerta de salida. Llevamos panfletos en nuestros bolsones. Muchos panfletos, un lote grande que me dejó las manos pintadas de azul porque la tinta con la que están impresos mancha. Debemos tirarlos en el frontis del liceo sin que nadie nos vea. No sé bien lo que dicen, parece que hablan de una marcha, son la citación a

una gran marcha contra Pinochet, algo nunca visto, algo nunca hecho, algo muy importante porque mi hermano grande me pidió que hiciera esto y cuando lo hizo dijo que era una misión únicamente para valientes y yo soy un hombre valiente, así es que puedo hacer esto y más. Entonces nos escapamos en medio de la clase y salimos sin que el portero nos vea, y antes de que toquen el timbre para terminar la jornada de clases, abrimos nuestros bolsos y desparramamos los panfletos en el frontis del liceo para que todo el mundo los mire a la salida. Padres, apoderados, transportistas, profesores, vecinos, niños chicos y grandes, podrán leerlos del suelo, tomarlos y llevarse la información a sus casas. Marcha del hambre, dicen las letras azules escritas en el mimeógrafo. Las palabras se repiten en el piso. Muchos panfletos tirados por la calle, marcha del hambre por la vereda, marcha del hambre cerca del paradero de la micro, marcha del hambre al lado del quiosco de los diarios, marcha del hambre junto al poste del teléfono público. La misión está siendo ejecutada con éxito. Nadie nos ha visto, así es que podemos volver al liceo triunfantes y a la salida de clases mi hermano verá la exactitud de mi trabajo y lo más probable es que me compre algunas láminas del álbum de la selección chilena del Mundial de España.

Cuando vamos a entrar otra vez al liceo alguien nos toca la bocina. Un Chevy Chevette color rojo se

encuentra estacionado en la vereda de enfrente. Desde adentro un tipo nos hace una seña. Es un hombre moreno, de bigotes, narigón, con un par de lentes oscuros que no dejan ver sus ojos. Fuma un cigarrillo mientras espera, porque parece que espera a alguien. Yo no lo conozco. Nunca lo he visto. Ni Donoso, ni Fuenzalida, ni Bustamante. Riquelme, en cambio, sí. Dice que es un tío de González. Un familiar o algo así que hace las veces de chofer. La trae al liceo o a donde sea y luego la devuelve a su casa. Maldonado dice que es alguien del trabajo del papá de González, de don González. Maldonado dice que se llama tío Claudio y que es chistoso, bueno para la talla y que la ha dejado fumar de uno de sus cigarrillos. Riquelme cuenta que hace una semana fue a buscar a González a su departamento luego de que hicieran un trabajo de Ciencias Naturales con Acosta y Maldonado. El tipo estuvo sentado en el comedor de Riquelme y se tomó un té y conversó mucho rato con su abuela. Riquelme dice que es simpático, que le prometió sacarlo a pasear en el Chevy rojo cuando quisiera. A lo mejor también lo deja fumar de su cigarrillo. Yo nunca he andado en un Chevy rojo. Riquelme tampoco. Alguna vez tuve uno de juguete cuando coleccionaba autitos. Era mi favorito, pero ahora ya no sé dónde está. Se perdió. Desde el auto, el tipo del Chevy rojo nos sonríe con uno de los panfletos que acabamos de tirar en la mano.

Seguramente lo ha recogido del suelo. Marcha del hambre entre los dedos del tío Claudio de González. Riquelme responde el saludo con una seña. Yo hago lo mismo, aunque no lo conozco. Incluso levanto la mano. Tengo la secreta fantasía de que me saque a pasear en el Chevette rojo a mí también.

EL JUEGO ES SIMPLE Y TENEMOS UNA HORA PARA JUGAR. Todos lo sabemos por eso llegamos puntuales. Nuestros padres pasan a la reunión de apoderados y nosotros nos encerramos aquí, en esta sala oscura que es de un curso más arriba o de un curso más abajo, pero no del nuestro. Nos gusta venir de noche aunque no estemos invitados. Nuestros padres se sientan en nuestros pupitres, responden a una lista de asistencia con nuestros nombres y discuten con nuestra profesora cosas que tienen que ver con nosotros. Mientras tanto, aquí, a pocos metros, nos hemos sacado los uniformes y venimos con otras ropas, ropas nuestras, ropas reales, dispuestos a ser de verdad y a jugar nuestro propio juego.

La luz se apaga en la sala y entonces el aire se vuelve espeso. En medio de una oscuridad negra como la noche o la muerte, nosotros, los de siempre, dejamos de ser los mismos. Ya nadie es quien dice ser. No llevamos nuestros nombres bordados en la solapa de ningún delantal o cotona. Somos otros. Sombras, fantasmas calladitos que se pasean en silencio alargando brazos

y manos para intentar dar con algo. Donoso busca a Maldonado. Le toca un hombro, luego el cuello, enreda sus dedos en una mata de pelo desordenado que cree que es de ella. Bustamante se encuentra con un codo que va a dar a la mano derecha de alguien, no sabe de quién, pero tampoco pregunta. La cara de Fuenzalida se junta con la de Riquelme, nariz con nariz, respiran al mismo tiempo, se toman el olor, el sabor, prueban la saliva el uno de la otra. Zúñiga avanza por la sala oscura buscando a González. A tientas toca cabezas, piernas, brazos, y quisiera llamarla, pero aquí los nombres no funcionan, las pasadas de lista quedan fuera de la pieza oscura y González ya no es González, porque ahora es un poco Maldonado y un poco Fuenzalida y un poco Acosta también. Y una lengua va a dar a la boca de Zúñiga. Es una lengua chiquitita, pero muy intrusa que puede ser de cualquiera. Y alguien se ríe y alguien se esconde, y alguien se vuelve a reír, mientras otro estornuda en una esquina y otro choca allá adelante con la pizarra. A Bustamante le arden las orejas, siente que le van a reventar. Donoso muerde el cuello de Maldonado, parece que no se aguanta, y Maldonado grita como un gato. Zúñiga se ríe por las cosquillas, porque alguien le hace cosquillas o a lo mejor no es nadie y es risa, pura risa que nos toma a todos, mientras el reloj de cuarzo con lucecita de la muñeca de alguno marca

minutos antes del final. Entonces aprovechamos los últimos segundos del juego y vienen los abrazos, los ahogos, los apretones, las lenguas que lamen y que buscan y que no hablan, porque aquí no hay palabras, ni nombres, somos solo un cuerpo de muchas patas y manos y cabezas, un marcianito del Space Invaders, un pulpo con brazos de varias formas que juega este juego a oscuras que está a punto de terminar.

La luz se enciende de golpe y el inspector nos mira desde la puerta. Todos estamos muy bien ordenados, los hombres al lado derecho, las mujeres al izquierdo. Algunos leen un libro. Otros duermen en su silla porque ya es tarde y mañana hay que levantarse muy temprano para volver al liceo a estudiar.

QUE PARECE QUE ZÚNIGA Y RIQUELME HICIERON ALGO MALO. Que parece que los pillaron en algo terrible, que por eso los suspendieron un par de días, que por eso no han venido, dice Maldonado. Que Zúniga anda metido en política, que por eso le pasa lo que le pasa, responde Acosta. Que qué es que esté metido en política, pregunta Donoso. Que no puede ser que ande metido en política porque es muy chico, dice Maldonado. Que sí puede ser porque sus papás son dirigentes y su hermano militante, responde Fuenzalida. Que qué es ser militante. Que qué es ser dirigente, pregunta Donoso. Que todos en los cursos más grandes son dirigentes o militantes. Que anda enchufándose porque no somos tan chicos, responde Bustamante. Que sí somos chicos, dice Maldonado, tenemos solo doce años. Que no, que no podemos ser tan chicos para algunas cosas, responde Bustamante. Que qué es política. Que todo es política. Que de qué sirve. Que qué importa. Que por algo no se puede ser político, que por algo está prohibido por el gobierno. Que no está bien que se prohíban cosas. Que a quién le importan

esas huevadas. Que no digan garabatos. Que yo hablo como quiero. Que te voy a acusar con el inspector. Que a lo mejor tú acusaste a Zúniga y a Riquelme. Que yo no acusé a nadie. Que yo no tengo idea de lo que hace Zúniga y Riquelme. ¿Alguien tiene idea de lo que hace Zúniga y Riquelme? ¿Alguien tiene idea lo que es estar metido en política? Que cállense que viene el profe de matemáticas. Que todos a sus puestos, que todos sentados, que todos calladitos. Que se abre la puerta, que buenos días niños, que vamos a pasar la lista, que Acosta, que Bustamante, que Donoso, que bla, bla, bla. Que abran sus libros en la página treinta y dos. Que profesor, que antes de empezar queremos hacerle una pregunta. Que qué pregunta quieren hacer. Que qué es meterse en política. Que qué edad hay que tener para poder hacerlo. Que silencio. Que el profesor mira desconcertado. Que silencio. Que se demora un rato antes de responder. Que silencio. Que Fuenzalida sueña con él, con ese silencio instalado en la sala, que ella puede sentirlo lo mismo que nuestras voces. Que silencio. Que nadie habla esta vez, que no cruje ni un banco, ni un papel. Que niños, contesta el profesor de matemáticas, que esta es la clase de matemáticas y que al colegio se viene a estudiar y no a hablar leseras.

NUESTRO PEQUEÑO CHEVY rojo de juguete cruza el patio del liceo. Pasa frente a la estatua de la Virgen del Carmen y dobla por la cancha de fútbol en dirección a la pileta. Salta algunas migas de pan, un par de piedras, una cáscara de naranja. Adentro, sentados en los asientos de atrás, miramos por la ventana mientras fumamos un par de cigarrillos. En este sueño somos chiquititos también, del tamaño de este Chevy rojo, así es que podemos hacer lo que queramos porque aquí nadie nos ve. Podemos pintarnos las uñas, bajarnos las calcetas, desanudarnos las corbatas, sacarnos las cotonas y los delantales. Si queremos hasta podemos soltarnos el pelo y tomarnos de las manos. El inspector pasa a nuestro lado. Vemos su zapato negro enorme. Su suela está a punto de pisarnos, pero el Chevy rojo diminuto le hace el quite en una maniobra increíble y nos salvamos de morir aplastados por el mocasín del inspector. Él ni siquiera repara en nosotros, desde su altura no nos ve, no sospecha lo que podemos llegar a hacer aquí abajo, en el asiento trasero de este Chevy rojo. Adelante, el tío Claudio de González maneja el

mini volante. Se ha vuelto chiquitito como nosotros. Dirige este sueño con el que fantaseamos todos, conduce a gran velocidad este miniauto, sorteando los obstáculos del patio del liceo como un verdadero piloto de rally. En el vidrio delantero del Chevy rojo, afirmado por el limpiaparabrisas, va un panfleto de letras azules. Marcha del hambre, podemos leer mientras el tío Claudio de González nos sonríe por el espejo retrovisor.

NUNCA LO HABÍAMOS HECHO, pero lo hicimos. Cruzamos la reja del liceo y salimos en manada. Avanzamos uno delante del otro, en una larga fila, pero esta vez no vamos a nuestra sala de clases, vamos a la calle. Tomamos distancia, ponemos el brazo derecho en el hombro del compañero de adelante para marcar el espacio justo entre cada uno. Nuestro uniforme bien puesto. El último botón de la camisa abrochado, la corbata anudada, el jumper oscuro debajo de la rodilla, las calcetas azules arriba, los pantalones perfectamente planchados, la insignia del liceo zurcida en el pecho, a la altura correcta, sin hilachas colgando, los zapatos recién lustrados. Un paso adelante, otro, y otro más. Vamos marchando, dejando atrás el liceo, extraviándonos entre edificios, micros, autos, oficinistas vendedores ambulantes y mendigos. La vista al frente, no mirar por debajo del hombro. No retroceder nunca. Abrirse camino en el centro de la ciudad que nos recibe. Mantenerse alerta a sus movimientos, a sus sonidos, al resto de la gente que se nos une en la caminata. De pronto, en medio de una gran avenida, un par de manos que no son nuestras

empiezan a aplaudir a un ritmo desconocido. Uno y dos. Uno y dos. Otras manos que no son nuestras se suman al palmoteo. Uno y dos. Uno y dos. Y entonces, para no ser menos, sacamos las nuestras del hombro confiable del compañero de adelante y, sin saber cómo, ya estamos en esto, uno y dos, percutiendo un ritmo nuevo que sobrepasa nuestros cuerpos. Alguien grita algo y alguien lo repite. Otro alguien grita lo mismo y un montón de otros lo repiten. Gritamos lo que se grita. No entendemos bien de qué se trata, pero lo hacemos. Aullamos un alarido que sale más allá de nuestras bocas, una consigna inventada y convocada por otros, pero hecha para nosotros. Uno y dos, uno y dos, el ritmo cardíaco al compás del eco que retumba entre los edificios. Todos aplauden, olor a transpiración, a ropa lavada con otro detergente, a cigarrillo, a humo, a goma quemada. Y la fila se nos desarticula. Acosta se separa de Bustamante y de Donoso, y por ahí se nos pierde Fuenzalida y Maldonado, mientras entremedio se nos cuelan otros, muchos otros. Aparecen nuevos uniformes, nuevas insignias, nuevos peinados, y la fila se hace más larga, mientras a nuestro lado vemos otra larga fila, y otra más allá, y otra más allá. Varias columnas formando un cuadrado eterno y perfecto, un bloque que avanza al mismo tiempo, un solo cuerpo moviéndose en el tablero. Somos la gran pieza de un juego, pero todavía no sabemos cuál.

VIII

UNA MANO COLOR VERDE FOSFORESCENTE. Riquelme sigue soñando con ella, no se la puede sacar de encima. Esta vez la ve en la pantalla de un televisor. La mano avanza rápida a la caza de algún niño extraterrestre. Los niños corren de un lado a otro, huyen asustados, pero la mano se abalanza sobre la primera espalda marciana que encuentra y a su contacto la hace explotar. El cuerpo del marcianito se desarticula en luces coloradas que desaparecen de la tele. El tablero de la pantalla marca cien puntos más en el score. Todavía no se rompe el brillante récord que impuso el hermano de González. La mano verde y muchas otras manos verdes, salen de un cañón terrícola a la caza de más space invaders.

TERCERA VIDA

SANTIAGO DE CHILE. Año 1985. El 29 de marzo los jóvenes hermanos Rafael y Eduardo Vergara Toledo, de dieciocho y veinte años respectivamente, mueren baleados por agentes de Carabineros en la Villa Francia. Ambos habrían tenido que abandonar sus estudios por sus vínculos políticos, siendo acusados de agitadores y panfleteros. El mismo día a las 8:50 de la mañana, en el frontis del Colegio Latinoamericano de Integración, el profesor Manuel Guerrero y el apoderado José Manuel Parada, ambos militantes comunistas, fueron secuestrados por agentes de Carabineros en un operativo que terminaría con su muerte la madrugada del día siguiente. Sus cuerpos y el de otro militante, Santiago Nattino, aparecieron degollados en un sitio eriazo camino al aeropuerto Pudahuel. La semana siguiente, en el liceo del barrio Avenida Matta, la niña deja de asistir a clases. Su padre ya no la va a dejar por la mañana. Su tío del Chevette rojo tampoco. El portero no la ve persignándose frente a la estatua de la Virgen del Carmen ni comiendo su marraqueta con jamón y queso a la hora del recreo. El último banco de la sala de clases ahora se encuentra vacío. Por alguna razón, la niña no vuelve a ocuparlo nunca más.

NINGUNO TIENE CLARO EL MOMENTO EXACTO, pero todos recordamos que de golpe aparecieron ataúdes y funerales y coronas de flores y ya no pudimos huir de eso, porque todo se había transformado en algo así como un mal sueño. A lo mejor siempre había sido así y no nos habíamos dado cuenta. A lo mejor Maldonado tenía razón y antes éramos muy chicos. A lo mejor nos habían mareado con tanta tarea de Historia, tanta prueba de matemáticas y representaciones de combates contra los peruanos. De pronto las cosas despertaron de otro modo. La sala de clases se abrió a la calle y desesperados e ingenuos saltamos a la cubierta del barco enemigo en un primer y último intento condenado al fracaso.

Maldonado sueña con la palabra *degollados*. La ve escrita en el titular de todos los diarios de esa época. En los quioscos, en la mesa del comedor de su casa, entre las manos de su mamá, en la carpeta gruesa del estante número cuatro del tercer pasillo de la biblioteca del liceo. Maldonado no sabe lo que quiere decir la palabra *degollados*, pero intuye que es algo horrible y

entonces su sueño se vuelve una pesadilla. Fuenzalida sueña con la voz de un locutor entregando la noticia por la radio del auto de su mamá. El hombre habla de un hallazgo macabro, así dice, y menciona la palabra, que también para Fuenzalida es una palabra nueva. Zúñiga sueña con el funeral de esos degollados. Dice que estuvo ahí, que fue con sus padres y su hermano. Acosta recuerda un ataúd en un lugar al que no sabe cómo llegó. Había muchas flores y velas y gente que se mantenía en silencio, dice. En un momento apareció el hijo de uno de los muertos, un escolar igual que nosotros, con su uniforme puesto, con la insignia de su liceo en el pecho, y el joven se ubicó junto al cajón durante un buen rato. Quizá dijo algo. Acosta no lo recuerda, porque nunca recuerda voces, pero lo que sí tiene claro es que el joven no lloró. Nunca en todo ese tiempo que permaneció junto a su padre en el ataúd, lloró. Zúñiga dice que al llegar a su casa, de vuelta del funeral, toda su familia fue detenida. A él y a su hermano los liberaron al día siguiente, pero a sus padres los trasladaron a otro lugar desconocido. Donoso y Bustamante fueron apaleados en una concentración estudiantil. Donoso perdió para siempre la movilidad de su dedo meñique y Bustamante terminó en la Posta Central con diez puntos en la cabeza. Fuenzalida escucha una marcha multitudinaria rumbo al Cementerio General. Son muchas voces gritando y

canturreando consignas, haciendo exigencias, rezando por los muertos. En la casa de Riquelme comenzaron a recibir llamadas anónimas. Una voz desconocida garabateaba a su mamá, que trabajaba en algo que nadie sabía muy bien qué era porque era algo secreto. Le decían que si seguía hueviando le iba a pasar algo a su hijo o a su madre. Fuenzalida siente el ruido de la muchedumbre lanzando pétalos de flores a las carrozas fúnebres, miles de pétalos que lo cubren todo como una lluvia de panfletos tirados a la calle. La casa de Donoso fue registrada por un grupo de carabineros. Desordenaron todo y rompieron algunos muebles, pero no se llevaron nada. Donoso dejó de dormir por las noches, tenía miedo de que la patrulla llegara en cualquier momento y se llevara sus diarios de vida, sus revistas de cómic o a sus padres. Fuenzalida escucha los pasos de la multitud avanzando con banderas y pancartas. Llenan avenidas, cruzan puentes, caminan sin detenerse. Estuvimos un par de días buscando a los papás de Zúñiga, pero no dimos con ellos. De una comisaría fueron trasladados a un lugar incierto y no había rastro de ninguno de los dos. Una noche, a la salida de su trabajo, la mamá de Riquelme fue secuestrada. Doce horas después la soltaron. Traía sus pezones cortados con una hoja de gilette en forma de cruz. Fuenzalida no recuerda cuál es el funeral con el que sueña. Puede ser el de los hermanos de la Villa

Francia o el de los profesores del Latinoamericano, o el del joven quemado por una patrulla de militares, o el del cura que murió baleado en la población La Victoria, o el del joven que cayó acribillado en la calle Bulnes, o el del periodista secuestrado, o el del grupo asesinado el día de Corpus Cristi, o el de los otros, todos los otros. El tiempo no es claro, todo lo confunde, revuelve los muertos, los transforma en uno, los vuelve a separar, avanza hacia atrás, retrocede al revés, gira como en un carrusel de feria, como en una jaula de laboratorio, y nos entrapa en funerales y marchas y detenciones, sin darnos ninguna certeza de continuidad o de escape. Si estuvimos ahí o no, ya no es claro. Si participamos de todo eso, tampoco. Pero las huellas del sueño han quedado en nosotros como las marcas de un combate naval destinado al fracaso. Sigue ahí, penando cada vez que apagamos la luz. Despertamos de él, con la barba de corcho ensuciando nuestras almohadas y con esta desagradable sensación de haber sido acribillados por una bala verde fosforescente, por una mano de madera ortopédica.

¡Hola, querida amiga! ¿Cómo estás? Ojalá mejor que la última vez que te vi. Estabas enferma, en cama, con fiebre, y yo apenas te pude saludar desde la puerta de tu pieza, ¿te acuerdas? Seguro que ahora ya estás bien. Lo que es yo, no puedo decir lo mismo. No sé cómo contártelo, pero creo que lo más fácil sería decir que he tenido algunos problemas, que por eso no he contestado el teléfono ni he ido al liceo. La verdad es que no voy a ir más. Me cuesta hasta escribirlo. Ayer mis papás me lo dijeron y no he hecho más que llorar desde entonces. Me da pena irme así, sin despedirme de nadie, pero no tengo opción. Mi papá ha tenido algunas complicaciones en su trabajo y por seguridad debemos hacer un traslado. Fijaté que ni siquiera te puedo decir a dónde. La verdad es que tampoco me lo han dicho a mí. Solo sé que voy a ir a un colegio alemán así es que estoy con unos profesores poniéndome al día con el idioma. No sé si pueda aprender algo. Tengo tanta pena que no logro concentrarme en nada. Mi mamá dice que no me preocupe, que esto es solo por un tiempo, que cuando las cosas se tranquilicen voy a poder volver al liceo a ir a verlos, pero yo no sé si creer o no. Por ahora me conformo con escribirte y ponerte al día hasta donde puedo, porque tampoco me dan permiso para contar mucho más.

Amiga Maldonado, te quiero pedir un favor muy grande. Adentro de este sobre que te va a pasar mi tío Claudio, va una carta chiquitita. Ni él ni nadie lo sabe. Es una carta secreta para Zúñiga, a él sí que no me dejan mandarle ninguna cosa, así es que pensé que si la metía en este sobre a lo mejor tú podías pasársela. Es importante que la reciba. Supe que detuvieron a sus papás. No sé exactamente por qué, pero espero que las cosas se hayan solucionado. De verdad lo espero. Por favor no te olvides de este encargo. Lo único que te pido es que no la leas. Me muero de vergüenza si la lees, aunque tú ya sabes todo lo que pasa entre él y yo.

Bueno, querida amiga. Confío en ti. Te voy a echar mucho de menos. A todos. Pero prometo que en cuanto pueda comunicarme y contarte más, lo voy a hacer. Tú por mientras escribeme y guarda cartas hasta que te mande mi nueva dirección.

Te quiero mucho y te extrañaré más.

Por favor no me olvides.

Tu amiga para siempre, ★

TODO TRANSCURRE EN UNA PLAYA DESIERTA. Un lugar con olor a mar donde he llegado junto al resto de mis compañeros. Apúrate, Zúñiga, escucho que me dicen. No seas flojo, no te quedes atrás. Es un paseo de curso. Estamos todos o casi todos, y caminamos a pata pelada por la arena siguiendo a las gaviotas que nos llevarán al mar. Estoy cansado y tengo sed y pienso que desde donde estamos no se ve el agua. Se oye el ruido de las olas, se siente la humedad marina, pero por más que avanzamos no llegamos a ninguna parte. Quizá no hay mar. Quizá solo es una idea, un espejismo.

Acosta y Bustamante cantan una canción insoportable mientras caminamos. Sus voces son agudas, como de buitre, pero nadie se queja, todos avanzan bajo el sol, quemándose el lomo como un ejército de soldaditos que intenta llegar a un lugar estratégico. Quizás estamos en alguna misión y todo esto es parte de una guerra, un combate importante, pero la verdad es que no lo sabemos. Solo avanzamos con la fantasía de que si seguimos caminando, en algún momento podremos mojarnos los pies.

Luego de un rato, o tal vez no tanto, Riquelme nos para en seco. La marcha se detiene y él habla como jefe, aunque en realidad no lo es. Dice que hasta ahí nomás llegamos porque junto a sus pies acaba de aparecer una gran piscina hecha de arena. No la vimos a lo lejos, pero ahora está ahí. Es un hoyo lleno de agua marina. No es el mar, es un hoyo en medio de la playa y hay que ocuparlo luego antes de que llegue una ola y lo desarme o el mismo sol termine por secar sus paredes y todo se venga abajo. Alguien lo ha construido para nosotros. Hay palas plásticas y baldes y rastrillos de colores tirados en la arena. No nos cuestionamos mucho la situación, porque en los sueños nada se cuestiona, así que de pronto ya estamos todos en pelota bañándonos en la piscina de arena. No seas cagón, Zúñiga, tírate al agua, me dicen, y yo lo hago, entro y me sumerjo. Chapoteamos felices, nos hacemos chinitas, nos tiramos piqueros. Riquelme es seco para nadar, así es que entra y sale, y se tira y nos salpica a todos, y es un momento feliz, el único momento feliz, porque el calor se va, porque ya no pensamos en el mar ni en la guerra, porque Acosta y Bustamante dejaron de chillar como buitres, porque por fin tenemos este hoyito de arena donde nadar un rato.

En el sueño pienso en la Batalla de la Concepción. En algún momento la estudiamos en la clase de Historia.

En el sueño recuerdo lo que quiero de esa clase. La profesora con una tiza blanca en la mano anotando nombres y fechas en la pizarra. El final de una guerra, creo. La Guerra del Pacífico, la eterna disputa entre Chile, Perú y Bolivia. Escaramuzas bajo el sol, en pleno desierto. La idea de una emboscada, una trampa, y la seguridad de que en esa batalla hubo niños muertos. A lo mejor no eran tan niños. A lo mejor solo eran como nosotros, un ejército de adolescentes, punta de lanza barata con apellidos de mierda, provenientes de un liceo de mierda, sin tradición ni vista a la cordillera, sin idiomas extranjeros con los que defenderse, cabecitas negras tirándose a la piscina sin salvavidas, a pote pelado, preparando el territorio para los otros, siempre para los otros. Soldaditos de plomo chapoteando en este mar falso sin tener mucha idea de qué batalla pelean.

El tapón, dice Donoso gritando. El tapón. Alguien sacó el tapón.

La arena se escurre. Todo se va por un hoyo. Es un hoyo en el fondo de la piscina que comienza a llevarse a mis compañeros. Se traga a Bustamante. Se traga a Fuenzalida. Se traga a Maldonado. Y escucho gritos y el sueño se vuelve peligroso y tengo miedo. Yo sabía que no debía tirarme al agua. ¿Quién tiene el tapón?, grita Riquelme y antes de que el grito se ahogue en mis oídos, veo que el hoyo se lo traga a él también.

Riquelme ya no está. No escucho su voz ni la de ninguno de nosotros. No veo sus cuerpos desnudos chapoteando en el agua. Ya no queda nadie. Todos se han ido por el alcantarillado oscuro quién sabe a dónde. Y entonces resisto, trato de no caer, manoteo y me afirmo de las paredes de arena, pero la corriente es más fuerte y me succiona y los muros se desarman y me voy. Mis pies entran al hoyo, mis piernas, mis caderas, mi tórax, mi cuerpo y antes de desaparecer la veo a ella afuera con el tapón entre las manos.

Está desnuda.

Se ve linda. Siempre se ve linda.

La melena negra empapada de mar, el olorcito a chicle.

Perdóname, Zúñiga, me dice. Por favor, perdóname.

SANTIAGO DE CHILE. AÑO 1994. Luego de diez años de ocurridos los hechos, la justicia chilena entrega su fallo en primera instancia por el secuestro y homicidio de los militantes comunistas José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino, en lo que se denominó hasta entonces como el Caso Degollados. El comando asesino es condenado a cadena perpetua. En la misma pantalla televisiva en la que antes se jugaba al Space Invaders ahora aparecen los carabineros responsables de las muertes. Son seis los agentes involucrados. Se les puede ver con claridad. Sus rostros desfilan por la pantalla uno por uno.

Riquelme es el primero en reconocerlo. Su cara diez años más vieja no le dice nada, pero esa mano de madera escondida tras un guante negro sí. Es una mano real, no la fantasía verde fosforescente que lo ha perseguido en sueños. A su lado, el tío Claudio del Chevy rojo. El Pegaso, así le dicen. El tipo declara haber seguido las órdenes de su superior, don Guillermo González Betancourt. El tipo declara haber apuñalado a uno

de los tres hombres mientras su superior observaba desde su automóvil, un Chevette rojo.

Todos lo vemos en la pantalla del televisor. De alguna manera extraña sintonizamos al mismo tiempo la misma imagen.

GAME OVER

I

SANTIAGO DE CHILE. Año 1991. Una mañana de octubre, el teniente de Carabineros Félix Sazo Sepúlveda ingresa al Hotel Crown Plaza del centro de Santiago. Con rapidez el teniente se dirige al mostrador de las oficinas de Avis Rent a Car, donde atiende Estrella González Jepsen, la madre de su pequeño hijo. La joven Estrella, de veintiún años, se encuentra ofreciendo los servicios de la agencia a un pasajero, cuando el teniente Sazo se detiene frente a ella y la apunta con su arma de servicio. Hace un tiempo que están separados. Al teniente le cuesta asumir esa separación. Por eso sigue a su mujer, la acosa telefónicamente, la amenaza como se amenaza a un enemigo, a un alienígena o a un profesor comunista. Estrella, le grita. Nuestra joven compañera apenas alcanza a mirarlo cuando recibe dos balazos en el pecho, uno en la cabeza y un cuarto en la espalda.

Como un marcianito se desarticula en luces coloradas.

El tablero de la pantalla marca cien puntos más para el score.

Ni siquiera así se rompe el récord.

La joven Estrella se desploma en posición fetal falleciendo en el acto. Inmediatamente el teniente de Carabineros Félix Sazo se pega dos tiros en la cabeza con su humeante arma de servicio y cae al suelo.

Nada de esto lo soñamos.

Lo hemos leído en la crónica roja de un diario que se encuentra en una carpeta gruesa en el estante número cuatro del tercer pasillo de la biblioteca del liceo.

II

DESPIERTO.

Ella está sentada en mi cama.

Siento el peso de su cuerpo junto a mí.

Zúñiga, me dice, te salvaste. La escucho entre medio del ruido blanco del televisor aún encendido. Es tarde. Sé que estoy soñando, pero su voz en mi oído es tan real como el peso de su cuerpo. Es ella. La luz de la pantalla del televisor la ilumina. Está desnuda y mojada. La melena negra enmarañada de arena y sal. Su pubis también. ¿Tus papás?, me pregunta. ¿Los soltaron alguna vez? Yo tengo miedo de hablar porque no quiero que desaparezca. Están bien, me decido a contarle. Viejos, sordos, pero bien. Ella sonríe y me entrega esa carta que nunca me llegó. Está escrita en una hoja de cuaderno de matemáticas. Siento ese olorcito a chicle entremedio de su pelo cuando se acerca. La pantalla del televisor anuncia la programación de un nuevo día. Parte con el Himno Nacional e imágenes de todo el país de Arica a Punta Arenas.

Despierto otra vez.
No hay televisor. No hay carta.
Estoy solo y he envejecido un siglo.

III

NOS HEMOS ORDENADO uno delante del otro en una larga fila en medio de la calle. A nuestro lado, otra larga fila y otra más allá, y otra más allá. Formamos un cuadrado perfecto, una especie de tablero. Somos las piezas de un juego que no sabemos dejar atrás. Tomamos distancia, ponemos el brazo derecho en el hombro del compañero de adelante para marcar el espacio justo entre cada uno de nosotros. Nuestro uniforme bien puesto. El último botón de la camisa abrochado, la corbata anudada, el jumper oscuro debajo de la rodilla, las calcetas azules arriba, los pantalones perfectamente planchados, la insignia del liceo zurcida en el pecho, a la altura correcta, sin hilachas colgando, los zapatos recién lustrados. A nuestro alrededor la calle se encuentra en silencio y vacía. No hay autos, ni micros, ni gente. Solo nosotros y esta lógica de guerrilla de la que no logramos despertar. Podríamos llegar a pasar la lista, partir por Acosta, seguir por Bustamante, por Donoso, pero no es necesario. Estamos todos. Nos hemos dado cita aquí. Nos hemos despegado de nuestras sábanas y colchones repartidos

por la ciudad para llegar puntuales. Como siempre, el sueño nos convoca.

Un teléfono público suena en la calle, justo en frente de la puerta del liceo.

Nos miramos. De alguna manera esperamos este llamado.

Fuenzalida se acerca. Ella sabe de voces, no le costará nada reconocer quién es el que habla. ¿Aló?, se intuye una voz femenina del otro lado del aparato. Fuenzalida no dice palabra, pero al mirarnos nos da a entender de quién se trata. Una mujer o una niña respira con nerviosismo del otro lado a la espera de una respuesta. Fuenzalida entiende que estamos condenados a esta llamada telefónica, no podemos dejarla pasar. Sin dudarle un segundo, contesta y comienzan a hablar.

En la calle, desajustados en el mismo uniforme ahora desteñido y estrecho, escuchamos con atención.

Santiago de Chile, abril 2013

Epílogo

En el umbral del sueño, agradezco a Maldonado.

Sus cartas, sus recuerdos y su amistad
a prueba de años y balas.

Epílogo

El libro que se presenta en esta edición es el resultado de un trabajo que se inició en el año 1960, cuando se comenzó a recopilar el material que se iba acumulando en el archivo de la Biblioteca Nacional de Colombia. El trabajo se fue desarrollando a lo largo de los años, y se fue agregando material que se iba encontrando en otros lugares. El resultado es este libro, que es el primer volumen de una serie que se va a publicar en los próximos meses.

El libro está dividido en tres partes. La primera parte es la que contiene los documentos que se han encontrado en el archivo de la Biblioteca Nacional de Colombia. La segunda parte es la que contiene los documentos que se han encontrado en otros lugares. La tercera parte es la que contiene los documentos que se han encontrado en otros lugares.

El libro es el resultado de un trabajo que se inició en el año 1960, cuando se comenzó a recopilar el material que se iba acumulando en el archivo de la Biblioteca Nacional de Colombia. El trabajo se fue desarrollando a lo largo de los años, y se fue agregando material que se iba encontrando en otros lugares. El resultado es este libro, que es el primer volumen de una serie que se va a publicar en los próximos meses.

APRENDER A DESPERTAR

Estoy sometido a este sueño:/ sé que no es más que un sueño,/ pero no puedo escapar de él. Me parece que el epígrafe de George Perec que da inicio a este texto define con claridad y precisión su poética. Este libro se trata de un sueño del que no se puede escapar. Un sueño como un laberinto. Sin salida aparente.

Textos breves, escenas cuyo montaje cuidadoso va desplegando un relato. Un relato construido siguiendo la gramática compleja y fragmentaria de los sueños. Ese ámbito donde pueden confluír las personas, los lugares y los tiempos más distantes con la mayor naturalidad. Ese orden alterno donde parece posible restituir a la memoria lo perdido.

Aquí los sueños y los recuerdos son una sola cosa. Aquí soñar es recordar: *No sabemos si esto es un sueño o un recuerdo. A ratos creemos que es un recuerdo que se no mete en los sueños, una escena que se escapa de la memoria de alguno y se esconde entre las sábanas sucias de todos. Pudo ser vivida ya, por nosotros o por otros. Pudo ser representada y hasta inventada, pero mientras más lo pensamos creemos que solo es un sueño que se ha ido transformando en recuerdo. Si*

hubiera una diferencia entre unos y otros, podríamos identificar de dónde salió, pero en nuestro colchón desmemoriado todo se confunde y la verdad es que ahora eso poco importa.

Todo se confunde en nuestro colchón desmemoriado. Con el tiempo, los sueños han ido tomando el lugar de los recuerdos. O mejor, ya no nos es posible diferenciarlos. Y la memoria colectiva, el texto virtual que urden los sueños de todos, se ha ido traduciendo en una posibilidad difusa e imaginaria. La posibilidad de atisbar una identidad común; un nosotros: *Han pasado años. Demasiados años. Nuestros colchones, lo mismo que nuestras vidas, se han desperdigado en la ciudad hasta desaparecer unos de otros. ¿Qué ha sido de cada uno? Es una incógnita que poco importa resolver. A la distancia compartimos sueños.*

Los colchones desperdigados por la ciudad. Esa imagen me parece poderosa para describir todo lo que sobrevino después de los años negros. Las vidas disociadas, la cotidianidad como separación. El clima de desencuentro y soledad que fue imponiéndose en los años inmediatamente posteriores al control militar y que envolvió también a quienes vivieron su niñez durante la dictadura. A los que crecieron dentro de ella. Una generación afantasmada que se hizo adulta en el hermetismo y la mudez dominantes. *Lo importante en los sueños son las voces* dice en un pasaje Fuenzalida. Esta novela convoca esas voces. Las voces de los niños

que crecieron en el país ocupado. Y lo hace con la convicción de que *aunque las voces se diluyen con el tiempo, los sueños saben resucitarlas.*

Ninguno tiene claro el momento exacto, pero todos recordamos que de golpe aparecieron ataúdes y funerales y coronas de flores y ya no pudimos huir de eso, porque todo se había transformado en algo así como un mal sueño. Los años ochenta, esa pesadilla. Niños jugando o yendo a la escuela en un país sumergido en la violencia. Niños perdiendo temprano la inocencia como impone un escenario de guerra. Ataúdes, funerales, coronas de flores. Parte del paisaje. Aprendizaje del silencio y el secreto inculcados por un mundo adulto dividido entre víctimas y victimarios. Cada quien representando algún papel en la historia de la sangre.

Desde otro ángulo, esta novela habla también sobre la dictadura como maquinaria de disciplinamiento. Recoge su programa, los gestos y rituales impuestos para la formación de buenos ciudadanos, respetuosos y obedientes. Sus estrategias cotidianas para adoctrinar a los niños en los valores proclamados del orden y el amor a la patria. *Tomamos distancia, ponemos el brazo derecho en el hombro del compañero de adelante para marcar el espacio justo entre cada uno de nosotros. Nuestro uniforme bien puesto. El último botón de la camisa abrochado, la corbata anudada, el jumper oscuro debajo de la rodilla, las calcetas azules arriba, los pantalones perfectamente planchados, la*

insignia del liceo zurcida en el pecho, a la altura correcta, sin bilachas colgando, los zapatos recién lustrados. Mostrar las uñas limpias, las manos sin anillos, la cara despejada, el pelo fuera de combate. Cantar la canción nacional todos los lunes a primera hora, entonarla como cada uno puede, con voces agudas y desafinadas, voces chillonas que gritonean un poco, nuestras voces repitiendo entusiastas el estribillo.

La educación sentimental de toda una generación formada en la lógica autoritaria del cuartel. Las uñas limpias. El brazo de distancia. La religión (*nuestras voces a coro en un rezo idéntico al de ayer y al de anteayer y al de mañana*). La canción nacional como única música que podía entonarse en voz alta. El estribillo, enseñado manu militari y repetido por esos niños una y otra vez hasta aprenderlo, para hacer de ellos gente sin imaginación y mala para la cama, como escribió Maquieira.

Armamos varias columnas formando un cuadrado eterno y perfecto, un bloque que avanza al mismo tiempo, un solo cuerpo moviéndose en el tablero. Somos la gran pieza de un juego, pero todavía no sabemos de cuál. A la vuelta de todos estos años, de toda esta desmemoria, este libro nos ayuda a comprender ese juego. Nos permite recordar lo que fue crecer dentro de una pesadilla. Recordar, por ejemplo, lo que fue soñar con manos ortopédicas. O con una palabra. Una palabra terrible y oscura, como le pasa a Maldonado: Maldonado sueña con la palabra degollados. La ve escrita en el titular de todos los diarios de esa época.

En los quioscos, en la mesa del comedor de su casa, entre las manos de su mami, en la carpeta gruesa del estante número cuatro del tercer pasillo de la biblioteca del liceo. Maldonado no sabe lo que quiere decir la palabra degollados, pero intuye que es algo horrible y entonces su sueño se vuelve una pesadilla.

El juego macabro del que fuimos parte. Los niños que nacieron y crecieron mientras se disputaba ese juego de muerte.

Coincidencias. Mientras escribo estas líneas, leo que el juego *Space Invaders* cumple treinta y cinco años desde que fuera creado por el japonés Tomohiro Nishikado. Considerado el antecedente fundamental para el desarrollo de los videojuegos modernos, el Museo de Arte Moderno de Nueva York anuncia que planea incluirlo en su colección permanente como pieza de diseño.

Space Invaders, según la tipología de los juegos, es un *shmup*, abreviación de *shoot'em up*. Mátelos a tiros. El nombre de un género de videojuegos en los que el jugador se enfrenta solo a hordas de enemigos a los que tiene que destruir.

Mátelos a tiros. La regla principal del juego de supervivencia que era la vida en ese entonces. La misma pantalla frente a los ojos. La misma pantalla para los cañones, las balas verdes y los marcianos que para las escenas y los rostros del horror: *En la misma pantalla televisiva en la que antes se jugaba al Space Invaders*

ahora aparecen los carabineros responsables de las muertes. Son seis los agentes involucrados. Se les puede ver con claridad. Sus rostros desfilan por la pantalla uno por uno. La misma pantalla frente a los ojos de todos esos niños.

¿Qué será de los niños que fuimos? pregunta en uno de sus versos el poeta Enrique Lihn. *Space Invaders* se hace cargo de esa pregunta. Lo hace invitándonos a soñar nuestros recuerdos o a recordar nuestros sueños, operaciones intercambiables. Lo hace sin pretender una imagen definitiva, consciente de que *los sueños son diversos, como diversas son nuestras cabezas, y diversos son nuestros recuerdos, y diversos somos y diversos crecimos.*

Este libro nos invita al trabajo de la memoria. Un trabajo nada fácil para los niños que crecieron enfrentando el ataque incesante de los invasores del espacio. Nadie quiere recordar las pesadillas. Pero, inevitablemente, como se dice hacia el final de este texto, *Abí estamos sumergidos. No sabemos despertar.*

Este libro nos ayuda justamente a hacer ese trabajo. Recordar para salir de ese sueño sin salida aparente.

Una vida, otra y otra más, en una matanza cíclica sin posibilidad de fin.

Escapar de ese mal sueño al que estamos sometidos.

Nuestra propia historia.

Aprender a despertar.

Jaime Pinos

Valparaíso, julio de 2013.

Space Invaders

NONA FERNÁNDEZ SILANES

Composición de diseño editorial
para esta colección:

Adobe Garamond Pro

Adobe Caslon Pro

En la portada: cartulina Valdivia de 225 grs.

En el interior: papel bond ahuesado de 80 grs.

Impreso en los talleres de Gráfica Lom
a finales de septiembre de 2013.